VI ENCUENTROS EN EL NORTE – 2004

DISCURSO FINAL

¿Cuánta patria necesita un hombre?
¿Cuánta patria necesita un teatro?
¿Cuánto valor necesita un teatro para resistir?

1.-

Nos hemos acostumbrado a leer la historia del teatro moderno al revés. No partimos de las preguntas y obsesiones de los grandes maestros, de sus "utopías", sino de la sensatez de sus palabras impresas, de la autoridad y seguridad que dichas palabras destilan. Sin embargo, para cada uno de ellos hubo noches de soledad y espanto, cuando sospecharon que los molinos de viento contra los que combatían eran en realidad gigantes. ¿Por qué entonces los historiadores del teatro nos presentan a Stanislavski, Copeau, Meyerhold… como si sus insensatas preguntas fueran originales preguntas? Hoy los vemos retratados con bellas fotos, rostros inteligentes, bien nutridos e irónicamente placidos. Pero en realidad todos ellos renegaron de la organización secular del teatro de su tiempo, invirtieron las jerarquías, sabotearon las bien experimentadas convenciones de comunicación entre el escenario y la platea, cortaron el cordón umbilical con la literatura y con el realismo superficial, desnudaron, en suma, al teatro hasta reducirlo a su esencia. Intentaron buscar la *vida* en un mundo de cartón; hacer brotar la *verdad* en un mundo de disfraces; conquistar la *sinceridad* en un mundo de ficciones; hacer de la educación del actor el camino hacia la *integridad* de un hombre nuevo.
¿Podríamos imaginarnos hoy a un artista que pidiera una subvención al Ministerio de Cultura para buscar la verdad a través del teatro, o a un director de una escuela de teatro que enseñase a los alumnos a crear un Hombre Nuevo, o aun director que exigiera a sus actores el domino de la danza porque refleja la armonía de las Esferas Celestes?
Puro desvario, diríamos, ¿no?
Con palabras distintas, cada uno de ellos nos enseñó con su *desvario* que la vocación de todo teatro es romper cadenas intimas, profesionales, éticas, sociales, religiosas o culturales.
Y es ese *desvario* la herencia que nos han dejado los maestros del pasado, nuestros padres y abuelos teatrales, por mas que los historiadores nos hablen constantemente de sensatez y cordura. *Desvario* que ellos llevaron al teatro de su tiempo y nosotros deberíamos de llevar al nuestro.

2.-

Para los que practicamos o para los que intentan practicar la profesión teatral existen dos injusticias poco visibles pero dolorosas. La primera podríamos llamarla la injusticia de la elección. La segunda la de la continuidad.
No todos pueden elegir. Existe una injusticia mas dura que la censura o la carencia de ayudas, y es la que decide qué es lo teatralmente interesante y lo qué no, lo qué es bello y lo qué es feo, lo qué es buen teatro y lo qué no lo es.
La otra injusticia tiene que ver con el verbo ignorar, con la capacidad o sagacidad que tienen algunos para ignorarnos, para hacernos no existir.
No se puede elegir, no se puede inventar, cuando desde el punto de vista profesional no se conoce aquello que no se quiere hacer. La invención es el arte del rechazo dentro de una continuidad. Quien ha recibido la herencia de un saber y de una tradición tiene muchas cosas para rechazar, muchas resistencias sobre las cuales apoyarse para poder lanzarse más allá y encontrar el propio camino. Quien hace teatro partiendo de una situación que lo obliga a ser autodidacta tiene frente a sí un paisaje reducido. Si no ha recibido algo, tiene poco que rechazar. Está limitado a seguir y repetir los pocos principios o los pocos modelos de los que ha podido hacerse dueño.
Por medio de esa herencia, de ese *desvario* de nuestros maestros, podemos confrontarnos y dialogar con el pasado, pues para nosotros la historia, el dialogo o el rechazo de una tradición no es un lujo, sino una exigencia vital que necesitamos como el aire que respiramos. Este dialogo, como el mantenido aquí esta semana con el *desvario*, es fundamental para mantener una continuidad en un arte como el teatral nacido para vivir poco. Sin esta continuidad no hay cultura, no hay identidad, no hay ética.
Sin esa herencia del pasado el teatro vivo está amenazado, no solamente porque le falta la memoria del pasado, sino también porque desaparece el sentido de una continuidad en el futuro. Pues, no lo olvidemos, nosotros también somos herencia, *desvario,* para algunos que estan hoy aquí o que vendrán luego.

3.-

Un teatro oficial necesita dinero, subvenciones, prestigio, respaldo estatal, medios tecnológicos, todo esto es esencial para asegurar su existencia y su vitalidad. Un grupo de teatro que no tenga casi nada de eso, como nosotros, tiene que aprender a *nutrirse* de sus espectadores. Por eso la existencia de estos espectadores, su presencia constante y a menudo invisible, no es un factor económico o una estadística.

En la era del *usar y tirar* envejecer puede ser un privilegio para un grupo de teatro. Saber envejecer bien implica asumir la ignorancia de la mayoría, despertar la perplejidad de unos cuantos y ganarse la complicidad de unos pocos. Saber envejecer también significa continuar la herencia, el *desvario*.
Un grupo es como un árbol. El tronco es la actividad artística, los espectáculos, la técnica y la estética, todo lo estrictamente teatral. Y este tronco para poder ramificarse, para sostener la raíces visibles del árbol, las ramas, necesita de vosotros, los espectadores. Y esas raíces visibles son fundamentales para nutrir la raíces invisibles, las que estan bajo tierra, que somos nosotros, el Teatro del Norte, con nuestros miedos y dudas, con nuestro cansancio y desaliento, con nuestra entrega y nuestra lealtad, con nuestro amor y desamor, con nuestros éxitos y nuestros fracasos, con todo eso que año tras año tratamos de contaros y mostraros en estos Encuentros.
Pero, en realidad, cuales son las raíces que sujetan el tronco, ¿las raíces del aire o las raíces de la tierra?
Vosotros, con vuestra presencia, con vuestra confianza y vuestra entrega, dais valor al Teatro del Norte, dais valor a nuestro trabajo. Vosotros con vuestra presencia hacéis que nuestra desaliento no carcoma las vigas de nuestro teatro, porque sentimos que nuestro trabajo es necesario para vosotros. Y esa responsabilidad se convierte en energía– savia fresca y regeneradora –que da sentido a nuestro teatro.

¿Cuánto valor necesita un teatro para resistir tantos años?
Vosotros con vuestra presencia nos dais valor, nos dais fuerza para seguir resistiendo, para seguir con nuestro *desvario* que, a partir de hoy, también es el vuestro.
Gracias, por, un años más, hacer posible estos Encuentros en el Norte.